



HONORIS CAUSA PABLO GARCÍA BAENA

DISCURSO DE PABLO GARCÍA BAENA

Comunicación Universidad de Salamanca | 20/04/2017

En la persona de su Rector doy las gracias a la Universidad de Salamanca por este honor tan alto. Conceder el doctorado a toda una obra es en mi caso concedérselo a toda una vida, como ha dicho el profesor Juan Antonio González Iglesias. A él también expreso mi gratitud por el denuedo poético con el que ha presentado y defendido mi candidatura. Que ese doctorado sea el de la Universidad de Salamanca hace que el honor no pueda ser más grande. Doy las gracias especialmente al Instituto de Estudios Medievales y Renacentistas, que propuso mi nombre, y de nuevo concreto mi agradecimiento en la persona de su Director, el Profesor Pedro Cátedra. Humanistas de distintos saberes aprobaron inicialmente este sueño, que se ha ido haciendo realidad hasta llegar a este meridiano de una mañana de abril. Haber sido propuesto por un Instituto Universitario que de Estudios Medievales y Renacentistas significa mucho para mí, que vengo hoy tras los pasos de Góngora, porque llevo toda la vida tras sus pasos poéticos. Pisó Don Luis las calles de esta ciudad áurea y entró también en estas Escuelas Mayores en la que hemos entrado todos hoy. Vio la espléndida Fachada Rica, que en piedra tenía hecho ya lo que él hizo luego con el lenguaje. Pudo contemplar este retablo exterior y laico en el que arte no se distingue de la literatura. Renaciente maravilla, según las palabras de otro Rector que fue otro poeta, Don Miguel de Unamuno. Renaciente por renacentista, y renaciente porque está recién restaurada y se nos ofrece como se ofrecía tantos escritores que pasaron por aquí en los Siglos de Oro. Naciente, pues. En el soneto Salamanca que acabamos de oír puse yo mi visión de Salamanca, que se ha cumplido como una profecía. Iba mi soneto igualmente tras los pasos de los sonetos de Góngora, y Salamanca tenía una vida paralela a la de Córdoba, como diré a continuación, y para ello contaré con la ayuda de la Profesora Francisca Noguero Jiméneez.



Parte del discurso de D. Pablo García Baena, leído por la profesora Francisca Noguero Jimémez

Si subimos en un atardecer cualquiera de esta apacible primavera a la terraza almenada del torreón fortaleza de la Calahorra, al otro lado del río y puente, veremos un paisaje que parece inmutable en el tiempo, pero donde la Catedral es un cuerpo que se alza, vivo, sobre tejados, campanarios, miradores, y, si hay un hueco, surge la aguja verde de un ciprés o el ventalle abanicar de una palmera.

Este paisaje es la postal tónica de la ciudad de Córdoba, como la vieron, en pinturas o grabados a través de los siglos los hombres del Renacimiento o del Barroco, como el grabador cordobés Juan Bernabé Palomino y Fernández de la Vega, el alemán Franz Hogenberg, el pintor holandés Anton van den Wyngaerde o los viajeros románticos en sus escritos. Los poetas de nuestros días también han vuelto su mirada a este paisaje de ciudad y sierra en inúmeros sonetos o romances: “amarillo perfil de arquitectura”.

Pero nadie nunca acertó, ni pintores ni poetas, a compendiar en catorce líneas la grandeza y el alma de una ciudad, río y torres, campos abiertos o escarpados, nobleza y saber de sus gentes, como en el *Soneto a Córdoba*

¡Oh excelso muro, oh torres coronadas

de honor, de majestad, de gallardía!

¡Oh gran río, gran rey de Andalucía,
de arenas nobles, ya que no doradas!

¡Oh fértil llano, oh sierras levantadas,
que privilegia el cielo y dora el día!

¡Oh siempre gloriosa patria mía,
tanto por plumas cuanto por espadas!

¡Si entre aquellas ruinas y despojos
que enriquece Genil y Dauro baña
tu memoria no fue alimento mío,
nunca merezcan mis ausentes ojos
ver tu muro, tus torres y tu río,
tu llano y sierra, oh patria, oh flor de España!

El 23 de mayo de 1627, Pascua de Pentecostés, muere Don Luis de Góngora en su casa de la plazuela de la Trinidad Calzada -y no Descalza como dice García Lorca en su conferencia gongorina-. Por mandato académico, en una fecha de aniversario, puse unos claveles sobre la urna que guarda tan gloriosas cenizas. Me pareció estar cumpliendo el mandato de Rubén Darío, cuando, en su famoso "Trébol de sonetos", dice: "Las rosas a Velázquez y a Góngora claveles".

Son muchas las veces que me he acercado hasta la reja que cierra el arco toral de la capilla fúnebre, coronado por el blasón brillante de los Góngora, la primera vez de la mano de mi padre, en días santos, señalándome aquel rincón, la capilla de San Bartolomé, el más oscuro y medroso del templo. Mas no voy a contar mis visitas privadas a Don Luis, solamente unas anotaciones ligeras, y sin duda osadas, al soneto a Córdoba, ya más que estudiado por los numerosos gongorinos notables, entre ellos el eminente Dámaso Alonso.

En el verso décimo leemos "que enriquece Genil y Dauro baña", y nos sorprende el trueque de los verbos. Todos los ríos bañan y enriquecen sus orillas, pero en estos ríos granadinos conviene más el "enriquece" al Dauro por su mismo nombre, que pregona su "fábula aurífera", sus "arenas doradas", el "oro en sus piedras", "oro el Dauro le presta", citas todas de diversos sonetos gongorinos. En el soneto a Córdoba, el Dauro cede su corona al Genil, siempre blanco y helado como nacido en las nieves de Sierra Nevada. Si Góngora ha trocado doblemente los verbos de los dos ríos podría recordar lo que hizo Virgilio, cuando dijo que "iban oscuros bajo la noche sola", en vez de "solos bajo la noche oscura". Hipálage era el nombre para esta doble mutación, que Góngora aplica a lo que parecen acciones y en realidad, como en Virgilio, son cualidades de los ríos. Son enigmas poéticos y es ya un poco tarde para aclararlos.

Antes en el verso noveno habíamos leído "entre aquellas ruinas y despojos". No es la Granada que contempla Góngora una ciudad ruinoso y decadente. Viva y bullente está en sus romances:

"Pues eres Granada ilustre
Granada de personajes...
Eres la mayor de cuantas
hoy con el tiempo combaten."

Y, sin embargo, palacios, mezquitas, almunias, el poeta los contempla, en el abandono de su belleza, con la visión de un hombre del Renacimiento, deslumbrado ante el esplendor del mundo árabe, fulgor literario que llega hasta el Romanticismo, con su carga de melancolía por las ruinas. En cuanto a despojos, ¿lo entendió Góngora como

expolio a los vencidos, botín de guerra, o simplemente como vejamen, material de derribo? Nunca lo sabremos.

"Sierras levantadas que privilegia el cielo" están en los versos cuarto y quinto. Ese privilegio puede ser su clima apacible, la fertilidad de sus cultivos, la nobleza de sus habitantes. Su mismo nombre de Sierra de los Santos, llamada Trassierra desde Córdoba, como dice Ricardo Molina en uno de sus poemas de "El río de los ángeles", ¿y no será la santidad el privilegio celeste? En el tiempo de Don Luis los monasterios crecen por aquellos cerros como la hierba del verano, desde Hornachuelos hasta Adamuz, desde el Eremitorio de los Ángeles a San Francisco del Monte, y en la frontera misma de la ciudad se alza San Jerónimo de Valparaíso, Escalaceli, Linares, San Francisco de la Arruzafa, el desierto de San Juan Bautista, y en especial el de Ntra. Sra. de Belén de los ermitaños que cantaba el viejo Grilo, anacoretas que vivían en las cuevas de la Albaida y del Monte de la Víbora y que el cultísimo y benéfico obispo Don Antonio de Pazos, gran amigo de Góngora, logra reunir en comunidad el año de gracia de 1583, hasta su desaparición en los años cuarenta por mandato de Fray Albino. En rogativa por la salud de este obispo, Don Luis compone un soneto que más parece imploración pagana y que bien entendería Su Ilustrísima pues sabía griego:

"A ti, el más rubio Dios del alto coro [...]
sobre este fuego, que vencido envía
su humo al ámbar y su llama al oro".

La Tebaida cordobesa no estaría completa sin la memoria de los cenobios mozárabes. Ambrosio de Morales, San Eulogio, Álvaro Paulo, nos cuentan de sus monjes y monjas, que desde los conventos serranos de nombres tan pintorescos como Peñamelaria o Cuteclara, bajan a la ciudad para ofrecerse en martirio y la sierra se convierte en el huerto cerrado donde se alzan bermejas y doradas las palmas de los mártires.

Los cronicones nos dicen sus nombres, Cristóbal y Leovigildo, Pablo, Natalia, Jorge, Teodomiro, Áurea, Fandila, Jeremías, Digna, Columba, Argimiro, Rodrigo y otros muchos que con San Eulogio están sus restos en la cámara santa de la catedral de Oviedo. Serían innumerables y la Jerusalén celeste tiene, como en el cuadro de Ángel María de Barcia, su espejo en las ondas del Guadalquivir, no menos claras que un Jordán de penitencia.

Todo este fervor local lo vive Don Luis en los años de su adolescencia, la invención de la reliquia de los Santos Mártires es de 1575, y alrededor suyo hay una ciudad enfebrecida con procesiones apasionadas, apariciones, rogativas. Todo esto, a pesar del desmayado entusiasmo religioso del poeta, calaría hondo en su "alma de oro, fina voz de oro", y con el tiempo volvería a repasar, como en un libro, aquellos días de leyenda áurea en sus

páginas, hastío y desengaño de la Corte, y surgiría de nuevo su ciudad, "su llano y sierra, oh flor de España".

Más información:

Área de Comunicación de la Universidad de Salamanca. Telf.: 923294412. Correo electrónico: comunicación@usal.es

Web: <http://saladeprensa.usal.es>
